

CAJA NEGRA



CAJA NEGRA

Francisco Narla

Esta novela tiene que dedicarse, por fuerza, por compromiso, porque lo exige el honor y porque de bien nacido es ser agradecido. Y tiene que dedicarse a todos y cada uno de los que me apoyaron cuando mi primer libro de narrativa salió a la luz; esposa, familia, amigos, editores, distribuidores, libreros, periodistas, escritores...

Para todos y cada uno, espero no defraudar. Gracias por la confianza y los esfuerzos realizados. He contraído deudas impagables. Gracias.

U no ya estaba muerto, tentaba con empezar a pudrirse sobre el asfalto. En la entrepierna del tosco uniforme, la humedad dibujaba un cerco oscuro desde el que empezaba a surgir un leve olor a excrementos y amoníaco.

El otro, que todavía respiraba, no supo que iba a morir.

Una noche sin luna y un horizonte con nubes cenicientas hacían de la escena un cuadro tenebrista.

El asesino se distinguía al lado de la puerta abierta del deportivo negro. Lucía pulcro e impecable, afilado... Calzaba lustrados zapatos de anca de potro cosidos a mano. Vestía un traje de costosa lana inglesa del mismo tono que la pizarra húmeda, los ojales vivos de los puños delataban un trabajo de sastrería. Los gemelos, piezas únicas de platino mate, combinaban elegantemente con la corbata de seda plateada, los brillos contrastaban con el algodón egipcio teñido de negro de la camisa. Y, como si se tratase del delicado complemento elegido por una adinerada viuda para el vestido largo de una recepción oficial, la Walther de 7,65 milímetros hacía juego con su brillo pavonado. La serena sobriedad la rompían los fríos ojos azules y un me-

chón de pelo negro azabache, que caía sobre la frente emulando la forma de una coma.

Había sido un tiro perfecto, ejecutado con gracia. Un amplio arco del brazo derecho, ágil y natural. Y había roto el fingido silencio nocturno.

El compañero del recién muerto, estupefacto y aún dentro del coche patrulla, trataba de digerir lo sucedido mientras su cerebro se peleaba con su mano izquierda, que, cruzada sobre un pecho blando y grasoso, trataba de encontrar el tirador de la puerta. La derecha tanteaba la vieja Star semiautomática que le colgaba del cinto, pero no acertaba a localizar la empuñadura de plástico marrón. Intentaba recobrar la compostura mientras buscaba redaños para enfrentarse a lo que acababa de ver.

—¿Y este qué coño hace? —había preguntado el ya fiambre al ver cómo, entre la humareda del brusco frenazo, el llamativo descapotable negro se detenía en el arcén, a sólo unos metros por delante del coche patrulla estacionado.

Al que todavía respiraba no le había dado tiempo a responder. Porque mientras observaba una figura estilizada abandonar el deportivo, Torrón, así se apellidaba su compañero y así lo llamaban, se calaba la gorra y salía a su vez. Fue un juego de espejos en el que el traje oscuro se opuso al uniforme verde; el atlético desconocido, al vientre prominente; el rápido movimiento del brazo, al dudar incrédulo en la pistolera, y el vibrante sonido del disparo, al silencio forzado de una advertencia muerta en los labios.

Torrón, durante la caída que terminó por dejar su cuerpo desmadejado sobre el asfalto, había girado sobre sí mismo para mostrarle sorpresa en una mueca póstuma. Sólo había tenido tiempo para reaccionar de un modo: relajando sus esfínteres.

El otro agente, en lo poco que le restaba de vida, no pudo dejar de lado el recuerdo de la ceja derecha deformada por el impacto de la bala. Estuvo seguro de que se llevaría al infierno el siguiente fotograma de aquel flojear de brazos y piernas. Había tenido el cuestionable lujo de disfrutar del socavón que la bala explosiva había dejado en la nuca de su compañero. Una flor sanguinolenta con pétalos de cuero cabelludo desgarrado, astillas de cráneo y masa encefálica titilando en la extravagante humedad azul que respondía a las luces del coche patrulla. Sólo tras el sordo ruido acuoso que terminó por asentar el cuerpo de su camarada se permitió una exigua reacción. Giró de nuevo la cabeza y observó como el desconocido del descapotable bajaba lentamente el brazo a un costado, desde una postura de tiro lateral que su mente pudo, gracias a los recuerdos de la academia, relacionar con la técnica rusa. «Compleja pero eficiente». Algo así había dicho su instructor diez años antes.

Torrón estaba muerto.

Muerto.

Y ni siquiera supo darse cuenta de que él también lo estaría en breve.

Empezaba a pudrirse.

Y se acordó de los rechonchos y felices hijos del muerto.

Fue capaz de distinguir una tez clara bajo un pelo oscuro brillante, enmarcando unos ojos que, a esa distancia, parecían no tener iris.

La mandíbula apretada y los labios finos señalaban un rostro cuadrado que no reflejaba emociones. Era como una estatua. La respiración suave, el pulso marcado a metrónomo. Los ojos impasibles del asesino miraban atentos al parlurdo que dudaba en el asiento del coche patrulla.

La noche se había roto con el fogonazo de la cámara de un radar de control de velocidad; ese había sido el de-

tonante. Media hora antes de que a Torrón se le escapasen para siempre las ideas. Un incómodo destello blanco había delatado la fotografía tomada al negro deportivo alemán, que surcaba la autopista a velocidades muy superiores al límite permitido. Y su conductor, tras parpadear y antes de recuperar el hilo de la segunda sinfonía de Beethoven, apretó los dientes y sintió la incomodidad del sumarísimo juicio en el que acababa de ser declarado culpable, sin poder siquiera apelar a la decencia del fiscal o a la competencia del juez.

Un odio encendido había surgido tras el azul gélido de aquellos ojos impasibles y, en cuanto el coche patrulla quedó a un costado, los frenos sisearon y el hombre tras el volante se alegró de la coincidencia. La brusca maniobra no descontroló al deportivo gracias a un rápido y hábil gesto de volante.

Bajó del descapotable. Era una oportunidad tan buena como cualquier otra para resarcirse. Avanzó con parsimonia, no porque necesitase acortar la distancia para asegurar el disparo, ni para distinguir con más nitidez los espasmódicos gestos de la pareja de agentes. Lo hacía porque quería ver las caras de idiota de aquellos desgraciados. Sentía que indeseables así no eran quienes para juzgarle, para determinar si su velocidad era o no adecuada. Además, le apetecía matar. Y lo hizo.

Y ahora se preparaba para disparar de nuevo.

El agente que aún vivía intentó salir del coche, pero sus pies no le obedecían como esperaba. Trastabilló mientras lograba sacar su propia arma de la pistolera.

El brazo del uno terminó por colocarse paralelo al suelo.

La mano izquierda del otro buscó la corredera para cargar el primero de los cartuchos.

El hombre del traje immaculado inspiró profundamente mientras asentaba los pies en las verticales de sus hombros.

El hombre del uniforme, acompasando el chasquido metálico del arma, se incorporó lo justo para que su frente sobresaliese por encima del marco de la puerta del coche patrulla. No tuvo tiempo de decir nada, y menos aún de intentar abrir fuego.

Fue un disparo limpio, casi simétrico al que había recibido Torrón. Y el segundo agente se derrumbó sin gracia sobre el quitamiedos, abriéndose una brecha en la sien que apenas sangró porque su corazón ya no bombeaba. El golpe fue suficiente como para regar con decenas de minúsculas gotas carmesí la maleza de más allá del arcén.

No era necesario, pero el asesino siguió avanzando hacia el anodino coche, un barato modelo francés con puertas blancas y faldones verdes. Se sentía como si hubiese tratado de explicar ecuaciones diferenciales a un pez dorado, incomprendido. Pero satisfecho por la venganza.

Descerrajó dos tiros más, de nuevo en la cabeza, *coupes de grâce*. Fue sólo un gesto de rabia imposible de contener ante la tela burda de los uniformes, la revista de desnudos femeninos que descansaba en el salpicadero y la cajetilla arrugada de tabaco negro que vio en el pedestal. Eran seres mundanos y vulgares, ridículos. Para el asesino no merecían otra cosa que la muerte que el mismo les proporcionaba con gusto.

Caminó por el lateral del vulgar coche, abrió la portezuela del depósito de combustible, retiró el tapón y, tras pensarlo un momento, desanduvo parte del trayecto para recoger las vainas de los dos cartuchos disparados en último lugar y arrancarle la manga a la basta camisa de uno de los uniformes.

Era diésel, y eso evitaría una bonita explosión que decorase la noche. Pero ardería igualmente. Regresó a su vehículo y sólo se detuvo para recoger las otras dos vainas que habían quedado a mitad de camino. Los proyectiles no le preocupaban, eran balas de punta hueca que él mismo rellenaba con mercurio; si algún fragmento llegaba al laboratorio de balística, serían afortunados con sólo averiguar el calibre.

Tras abrir la puerta guardó la pistola en el estuche que descansaba en el asiento del copiloto. Había sacado el cartucho de la recámara y retirado el cargador, luego la había limpiado con un paño untado ligeramente en aceite para armas. De una pequeña bolsa de viaje del maletero delantero sacó gasolina para encendedor y empapó la manga del uniforme, tras prenderla junto al depósito, se tomó un segundo para encender un húmedo y flexible Partagás y disfrutar de la primera calada.

La muerte recogía la correspondencia.

Desapareció en la noche, tragándose la oscuridad a más de doscientos kilómetros por hora. Salió de la autovía en la primera bifurcación que apareció y decidió pasar la noche en la ciudad que encontrase.

No estaba cansado, pero así evitaría que pudiesen seguirle; además, podría cenar algo decente, si es que había algún restaurante aún abierto y digno de mención allá donde apareciese.

Incluso conseguir compañía con la que pasar un rato agradable. Eso estaría bien. Se le antojó beber algún *chardonnay* espumoso y seco derramado entre los pechos de una mujer de largas piernas, quizá después de cenar algo de *foie* con un *coulies* de ciruelas y un añejado tempranillo.

Todavía le sobraban un par de días antes de tener que regresar a Madrid para salir desde Barajas. Había tiempo

para procurarse algo de entretenimiento hasta el siguiente vuelo.

A Ezeiza, si no recordaba mal. Ya comprobaría los detalles.

Una cena ligera, una mujer empalagosa y algo de vino viejo y champán seco tenían ahora el turno.

«**E**l infierno empieza aquí». Había otras igualmente inquietantes... «Yo sigo enterrada». Pero aquella, probablemente por su mención del averno, había sido la más impactante para él, la que había dado lugar a una nueva obsesión.

Aquella... ¿Frase...? Le había causado una enorme impresión.

Y por eso estaba ahora allí. Con ánimos renovados tras releer un artículo acerca del descubrimiento de los huesos. Porque, si en los pocos años transcurridos había llegado a dudar en algún momento, los restos de aquellos niños habían servido para disipar toda incertidumbre. Aquellos huesos habían sido el espolonazo que le había permitido seguir adelante cuando había estado a punto de abandonar, habían renovado su fe y confianza. Tenía que haber algo más allá de la frontera que significaba la muerte, tenía que ser cierto.

«El infierno empieza aquí».

Había sido el comienzo. Y por eso estaba allí. Para obtener algo similar.

Era una pequeña capilla, con el suelo de tierra pisada y una simple arcada de medio punto y sin rosetón que franqueaba la entrada. Con una sola nave, sin retablo, sin vidrieras, y una única y diminuta campana de bronce resquebrajado que colgaba de un sencillo arco de piedra que se alzaba en el encuentro de las dos pendientes de la modesta techumbre de pizarra negra. El pobre remate de un frontón que, como única decoración, sólo podía presumir de los múltiples líquenes de colores terrosos que el paso del tiempo había dejado en los pequeños sillares de granito.

Se escondía perezosa en un escuálido claro de robledal, rodeada de árboles centenarios y una parcela descuidada, sustituyendo las gárgolas de sus mayores por las alimañas del bosque. Parecía dormir al arrullo del riachuelo de aguas transparentes que corría a unos metros al sur, delimitando la suave pendiente del otero en el que había sido construida. Había sido el capricho de potentado del último de los herederos de la familia terrateniente que poseía aquel valle escondido entre las verdes montañas del interior del antiguo reino de Galicia.

Quedaba disimulada entre las sombras de una de las erosionadas sierras que cruzaban el noroeste de la península ibérica. Rodeada de laberintos formados por mil ríos, bosques milenarios y serpenteantes caminos que llevaban a pueblos que las nieves invernales dejaban incomunicados.

Era la locura de un jovenzuelo tísico que, de tanto fervor religioso, llegó a creer que necesitaba la ayuda de la providencia divina para tener alguna esperanza de sanar, por lo que dispuso un altar en el que recibir comunión diaria. Y comulgó en aquella capilla todos los días que necesitó la tuberculosis para devorarle los pulmones, que fueron sólo unos pocos más de los que necesitó el Gobierno militar estadounidense que terminó por regentar Cuba, en

los primeros años de la independencia de la antigua colonia, para apropiarse de la inversión en ingenios azucareros que aquel iluso había hecho. Los norteamericanos, aprovechándose de su recién estrenada influencia en las esferas del poder, se habían dedicado a barrer para su patio privado y cedieron, a precios irrisorios, gran parte de las factorías y fábricas que los españoles habían instaurado en la isla a firmas y empresas compatriotas. Así, el caso del tuberculoso señorito no fue sino una más de entre tantas tropelías que se sucedieron en un tira y afloja político que no terminaría hasta 1913, cuando los cubanos recuperaron por fin el gobierno de su isla.

Aquel iluso había perdido toda su fortuna en las tornas del siglo, al soñar con lo que llegaron a llamar oro blanco, en el momento histórico más inoportuno que la isla había vivido desde la colonización. Una desdicha más que terminó por amargar los pocos días de existencia que le quedaban a Diego Rafael Xián de Villafins e Castro. Él puso la última de las cuentas a un rosario que había empezado con su propio contagio, tras beber leche de una vaca tuberculosa, que había seguido por las estrambóticas muertes de sus padres, y que había anunciado su final con la terrible desaparición de su querida hermana menor.

Con el dinero perdido y el tísico enterrado, el enorme caserón de la importante y renombrada familia quedó vacío e inútil, las tierras y propiedades, inmersas en eternos enfrentamientos entre supuestos parientes lejanos, y la pequeña capilla, olvidada, a merced del bosque y los relatos de los lugareños.

Olvidada, pero con una historia por recordar y contar; por eso estaba él allí, porque de los rumores y habladerías que le habían atraído inicialmente resultaron ser ciertos en algunos aspectos, como le habían demostrado los archivos

municipales y las consultas en el obispado. Era una historia con profundas raíces en el pasado, si es que sus sospechas se confirmaban. Era una buena historia, especialmente si aquellos detalles más fantásticos que parecía esconder llegaban a revelarse. La primera en hablarle del lugar había sido su vieja tía Paulina, una viuda medio ciega y con el puño más cerrado que el propio Sinesio, a la que este visitaba como poco un par de veces al mes, principalmente por el atavismo implícito en su deber como pariente. Normalmente tomaban achicoria aguada con pastas rancias de la caja de dulces que el propio Sinesio le había regalado en las navidades anteriores. Ella, vestida de un luto riguroso que la cubría desde los tobillos al cuello, solía hablarle a Sinesio de su juventud y sus tiempos de casada, recordando cómo su marido había empezado construyendo una pequeña casita, en su pueblo natal de Dúbriga, y había terminado cayéndose de un andamio desde uno de los bloques de pisos más altos que la capital de provincia había conocido.

Sinesio se había detenido al borde del camino que marcaba el irregular asfalto y miraba desconcertado la silueta del pazo señorial. Mientras, giraba la llave en el contacto para apagar el renqueante motor del viejo Citroën DS, una antigua ambulancia comprada de tercera mano que, en su tacañería compulsiva, mantenía en el límite entre mero cacharro y objeto de desguace. El viejo murallón a medio derruir mostraba su silueta, desdibujada en la helada nocturna, visible únicamente gracias al resplandor de la luna. La distancia hasta la capilla había sido el germen inicial de su curiosidad, no tenía sentido que la hubieran construido allí, tan lejos, y eso había azuzado su memoria, recordándole algunos rumores que había escuchado tiempo atrás. Estaba seguro de que, si una fracción de lo que se

imaginaba era cierto, podría conseguir un salto a los medios nacionales, quizás incluso un libro; sus expectativas eran tantas que, por momentos, sentía el estómago lleno de mariposas, como un adolescente enamorado. Aunque, si hubiera conocido ya lo que pretendía averiguar, su ansiedad se habría parecido más a la de un reo esperando que le aten a la silla.

De sus sueños y elucubraciones le sacó el reverberar de la radio, la voz rasposa de José Alés hablando de los últimos indicios de ritos satánicos en Madrid. Alimentando, como cada madrugada, los miedos de los oyentes de todo un país con los relatos de misterio, fantasmas, ovnis y oscurantismo de su programa *Medianoche*. Estaba siendo una edición muy interesante y lamentaría perderse lo que restaba de transmisión. Poco antes de llegar a su destino había escuchado emocionado cómo el locutor anunciaba a bombo y platillo que el doctor Germán de Argumosa había recibido el Premio de la Sociedad Suiza de Parapsicología por su labor en la investigación de los misteriosos rostros, teleplastias los llamaban los expertos, que habían aparecido al principio de la década de los setenta en el pequeño pueblo de la montaña jienense de Bélmez de la Moraleda, al sur de España. Era una gran noticia, pues para Sinesio eso cerraba un círculo. Justificaba su presencia en la capilla y el valor de sus investigaciones; además de plantearle una meta aún mayor que la publicación de un libro exitoso o convertirse en colaborador de aquel mismo programa de radio. Quizá también él podría llegar a recibir un galardón semejante.

Se llamaba Sinesio Amorós, era un funcionario gris y apático que había llevado una vida rutinaria y aburrida hasta que cinco años antes había leído en el periódico *Pueblo* un asombroso titular que rezaba: «Las caras hablan». Enjuto, delgado y de hombros caídos, con cara afilada de pó-

mulos altos y un opaco pelo castaño, lacio y descuidado. Tenía unos hundidos ojos de color avellana que parecían ser lo único vivo en un hombre sedentario de movimientos pausados. «Tienes menos sangre que los bigotes de un grillo», solía gritarle su madre cuando, en su abúlica apatía, Sinesio dejaba sin hacer las tareas que se le habían encomendado. Siempre vestía con los apagados colores de la ropa vieja y apolillada que, en la medida posible, aprovechaba entresacando el gastado vestuario que había heredado de su padre.

Sinesio Amorós llevaba cuarenta años haciendo lo que se le suponía; tarde, mal y a rastro, pero haciéndolo. Sin sueños o ilusiones, siguiendo los pasos marcados por su estricto padre. Vivía solo, con la única compañía de un gato negro y escuálido que tenía por costumbre arañarle cuando le cambiaba el cuenco del agua, en un estrecho apartamento de tacaño compulsivo en el que, en invierno, solía dejar latas de alubias precocinadas en conserva encima del radiador del salón, el único que dejaba encendido, para que, al llegar tras las horas de trabajo en el ayuntamiento, estuviesen a punto para cenar sin necesidad de encender los fuegos de la cocina de gas.

No había tenido pasiones hasta que, unos pocos años antes, el misterio había surgido en el número 5 de la calle Rodríguez Acosta de Bélmez. Las tiradas, algunos días triplicadas, del diario *Pueblo* auparon la expectación de todo un país por el fenómeno paranormal que llegaría a convertirse, según muchos de los más considerados parapsicólogos del mundo, en el más notable y documentado de la historia.

Y la vida de Sinesio cambió por completo.

La guinda había sido el artículo sobre las psicofonías que el recién premiado Germán de Argumosa había con-

seguido grabar en la humilde casa de aquel pueblecito olivarero de la sierra Mágina de Jaén cinco años atrás, un enclave olvidado y perdido del sur español.

Todo había empezado con un conjunto de difusas líneas oscuras que escorzaba un inquietante rostro hinchado sobre el cemento del suelo de la cocina de la modesta vivienda de una familia jornalera, una más de entre los apenas dos mil habitantes del pueblecito. Un tosco, casi ingenuo retrato de aires bizantinos, carente de perspectiva y que hacía pensar de inmediato en una argucia, en un timo cualquiera. Una imagen de lóbregas líneas borrosas que, probablemente por miedo, fue picada y eliminada con una nueva capa de cemento para que, pocos días después, otra muy similar la sustituyese.

Causando mayor asombro y ahondando en la consternación que aquella familia, que todo el pueblo, sentía.

A aquel primer retrato lúgubre y macabro, al que parecía manarle abundante sangre de ambas fosas nasales, le siguieron más y más de aquellos rostros esbozados por un autor invisible. Torsos, incluso cuerpos enteros, aparecían y desaparecían. Variaban la intensidad de sus trazos, se transformaban, se desplazaban...Y niños, muchos niños, incluso fetos.

Muchas de esas figuras estaban desproporcionadas, con garras amenazantes, con rostros compungidos, con miembros imposibles.

Un dantesco espectáculo que se convirtió en cebo para masas ansiosas de revelaciones. La iglesia se metió de por medio, el obispo presionaba al alcalde, miles de personas acudían a Bélmez; un famoso torero quiso comprar la humilde casita. Y finalmente, como era de esperar, el representante del Gobierno totalitario de la España de los setenta, el austero gobernador civil José de Gortoa, se cansó

de tanto circo y llamó al reconocido filósofo y parapsicólogo, don Germán de Argumosa, esperando que si un experto de reconocimiento mundial desmentía lo paranormal de los hechos se pudiera dar, por fin, carpetazo al asunto. Pero las expectativas de las autoridades no se cumplieron. Don Germán y otros expertos a los que él mismo llamó no encontraron rastro alguno de fraude, y entre los consultados figuraba el prestigioso psicólogo alemán Vemder, profesor del Instituto de Parapsicología de Friburgo. Uno de los primeros investigadores destacados del mundo de lo desconocido que, como solía indicar Sinesio para cimentar sus propias creencias en lo paranormal, había colaborado con el Instituto Max Planck de Múnich.

En una ocasión, y ante notario, tras solar con una nueva capa de cemento el suelo recién picado de la humilde cocina, precintaron por dos meses y medio la casa. El mortero incólume que fotografió el notario justo antes de precintar la estancia apareció repleto de macabras escenas: mujeres con manos engarfiadas, fetos de cráneos desproporcionados, rostros cadavéricos. Debieron plegarse a la evidencia de que allí, con trazos de gris oscuro, había aparecido lo que bien podría haber salido de la imaginación del Bosco en la peor pesadilla de sus noches de insomne.

Las investigaciones se siguieron y, a pesar de que las autoridades intentaron silenciarlo cuando su movimiento de origen académico falló, nuevos e inquietantes descubrimientos se sucedieron. Uno de los más notables fue el de los huesos, que había servido de acicate a Sinesio. A instancias del sacerdote del pueblo, el alcalde había encargado a un albañil que dismantelase el suelo y se pusiera a excavar. Apenas a tres metros de profundidad habían hallado restos humanos, especialmente lo que parecían huesos de

niños, aunque jamás se encontró cráneo alguno. Más aún, otras líneas de investigación encontraron pruebas de que el solar de la vivienda había sido un lugar de enterramiento siglo y medio antes. Un cementerio con tradición de muerte y horror desde la época de la ocupación árabe del sur español.

Sin embargo, para Sinesio, lo más asombroso de todo habían sido las psicofonías, las voces del más allá, los sonidos guturales que con doce magnetófonos UHER el propio profesor Germán de Argumosa había grabado en la casita de Bélmez.

«El infierno empieza aquí».

«Yo sigo enterrada».

Y por eso estaba allí. Abriendo el maletero del desconchado Citroën y sacando su propio magnetofón UHER Reporter 4000L, igual que el que había visto en las fotos en blanco y negro de *Pueblo*. Comprobó las baterías y echó un vistazo al resto del equipo, pulcramente dispuesto. Se hizo con una de las linternas y, tras encenderla, caminó hasta la pequeña capilla, mojándose las perneras de los pantalones con la humedad fría que perlaba la hierba.

«El infierno empieza aquí...».

Le bastaron un par de empujones para que los restos de la puerta cediesen y poder así franquear la entrada. Algún animalillo se escurrió por la oscuridad que lamía el círculo de luz que proyectaba la linterna. Sólo había vacío, un húmedo olor a melancolía cubría las paredes. No sabía si alguna vez tuvo algo de mobiliario, pero sólo quedaban los restos rotos de un modesto altar, tallado en un granito similar al de las paredes. De las vigas vistas del techo pendían miles de telarañas polvorientas. Dejó la linterna apoyada en el suelo para tener algo de luz en el interior y regresó al coche. Le pareció el escenario perfecto.

Hasta ese momento, nunca había conseguido nada, sólo ruido de fondo y el murmullo del motor del propio magnetófono. Todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Pero tenía fe. Ese día, en la capilla, lo conseguiría. Estaba convencido de que el problema habían sido los lugares elegidos con anterioridad. Lo había intentado en un cementerio, también en un viejo monasterio que se caía a pedazos. Persiguiendo aquellas voces, aquellos mensajes crípticos, robándole horas al sueño. Gastando, por primera vez, su sueldo en caprichos. Comprándose cables, conectores, un par de micrófonos y libros, lo poco publicado que pudo encontrar en el escaso mercado español de aquel entonces, controlado y censurado por los estamentos del régimen absolutista gobernante. El año anterior incluso se había atrevido a perder sus vacaciones con un viaje a Francia, cruzando los Pirineos en busca de aquellos textos que no estaban a su alcance en España. Allí había conseguido el libro que Konstantin Raudive había publicado en 1968, con el que se adjuntaba un disco de vinilo con inclusiones psicofónicas en varios idiomas. Era una de sus posesiones más preciadas. Y también, entre otros muchos, una edición original de *Überleben wir den tod?* que, pacientemente, traducía sobando un viejo diccionario de alemán heredado de su padre.

Tenía todas sus expectativas puestas en aquella escondida capilla, estaba seguro de que allí lo conseguiría. Se sentía emocionado e inquieto, algo que, podría decirse, resultaba novedoso y extraño para él.

Trastabillando, con las manos ocupadas en su intento de agarrar a un tiempo todos los cachivaches, necesitó de tres viajes para llevar todo el equipo hasta el interior del pequeño templo. Para orientarse, sujetaba entre los dientes una segunda linterna. En sus idas y venidas tropezaba con

las zarzas y las ramas bajas de la descuidada vegetación que llenaba el trecho entre la carretera comarcal y el portón carcomido de la capilla.

Necesitó de poco más de media hora para instalarlo todo, asegurándose en esta ocasión de que el magnetófono quedara lo suficientemente lejos del micrófono, tanto como para evitar que captase el ruido del motor del grabador.

Tras recogerla, apagó la mayor de las linternas, la que había dejado sobre el suelo anteriormente, y se acomodó en la silla plegable que había traído. Se quedó en una de las esquinas más cercanas a la entrada. Aunque no había sido su idea inicial, había desistido de seguir con el plan original al sentirse extrañamente incómodo cuando intentó colocarse en las que correspondían a la zona del altar, donde había dejado el magnetófono. Así, grabador, micrófono y silla eran tres puntos de una de las diagonales de la planta rectangular de la capilla.

Preparó su libreta de notas y esperó. Lleno de ilusión y optimismo, esperó. Apoyando el cuaderno sobre una carpetilla de barato cartoncillo marrón en la que almacenaba un montón de sus papelorios y anotaciones previas.

Era una habitación cualquiera; en un hotel cualquiera; en una ciudad cualquiera. Buenos Aires, probablemente, al menos le parecía distinguir la sombra del Obelisco por entre los destellos incongruentes de las luces en las cortinas. Aunque el lugar concreto no tenía la menor importancia, era simple vacío. El vacío en los sueños de un niño maltratado, un chiquillo que mira incrédulo la sangre que se le derrama por los muslos, desde el ano hasta el suelo de la sacristía.

Su infancia no había sido así, aunque... le hubiese gustado tener esa excusa perfecta, un *leitmotiv* idóneo que buscar en el fondo de una botella.

Era una habitación cualquiera; en un hotel cualquiera; en una ciudad cualquiera.

El ruidoso tráfico de la Nueve de Julio parecía confirmarlo. Buenos Aires, casi con toda seguridad, el Crowne Plaza y una habitación de los pisos altos.

Suelo de madera, ambiente impersonal y las luces apagadas, a excepción de la lámpara de diseño neutro de la mesilla de noche.

Dos putas de piernas largas y moral corta, rubia y morena, dormitaban por entre las sábanas revueltas, escondiendo el olor a sexo con caros perfumes que no llegaban a comprar la elegancia que ansiaban.

En una esquina, la pequeña nevera del bar; a su lado, una figura encorvada que, apoyando la espalda en la pared, espía por entre las sombras los inexistentes fantasmas de un pasado no tan romántico y sí tan normal.

Abierto a su lado, tirado sobre el parqué, un manoseado ejemplar de *Love is a dog from hell* con el lomo vencido y las tapas abiertas. El marcapáginas que asomaba por un costado era una imagen plastificada del *Buey desollado*, de Rembrandt.

Sus ojos cayeron sobre la portada del libro y envidió al viejo Bukowski, quiso su vida y sus desgracias, quiso sus ansias y sus esperanzas, pero no porque supusiese una excusa. Las excusas importaban sólo lo justo, no; lo que quería eran esas historias de borracho peleándose por ser recordadas, las noches en la cárcel, los sueños en los hogares de acogida, los poemas en todo su cinismo, lo amarillo de su sarcasmo.

Bebió un trago de la única de las botellas en miniatura que todavía tenía algo que ofrecer. Quería emborracharse porque eso era lo que habría quedado bien en uno de los poemas de aquel libro ajado, o en una película de cine negro de los cincuenta. Bebía para escapar de unos remordimientos que habría querido sentir. Sin embargo, el arrepentimiento no llegaba.

Y no llegaría nunca. Nunca.

En la gigantesca avenida se oyó el alarido de una ambulancia.

Sí, era Buenos Aires. Ahora lo recordaba, había ido a por las chicas al local que estaba en la esquina del cementerio. Sólo en Baires podía conjugarse una antítesis tan

convenientemente romántica. En los garitos con aire de grandeza que rodeaban el cementerio de Recoleta era donde más le gustaba encontrar chicas.

Sí, Buenos Aires estaba bien; además, en Buenos Aires había empezado todo.

Había sido fácil, a fin de cuentas eran millones viviendo en la pobreza más incongruente. El país estaba en una de sus múltiples crisis y había sido fácil pensar que no habría modo de conectarle con el cadáver. Para los que buscaban por entre la basura de las calles, la cartera que se llevó para no dejar identificación alguna habría sido el verdadero descubrimiento; sin embargo, sólo les dejó pintorescos trozos de seso adornando una esquina sanguinolenta y macabra.

No habría sido capaz de reconocérselo a sí mismo, pero esas ideas no dejaban de ser pretextos, remiendos de la conciencia; todo razonamiento había venido después de la sangre. Había sido la primera vez, no hubo nada racional, sólo furia liberada. No había dedicado tiempo al asesinato y sí al encubrimiento.

Cierto era que más o menos aparecía por allí alrededor de una vez por mes, pero quién podría imaginar algo semejante.

Una de las chicas se movió en su sueño y le hizo levantar la vista del gollete de la botella.

Ambas tenían unas piernas fantásticas, caras, pero maravillosas. Sonrió...

«... y yo no podía dejar de ver aquellas largas, delgadas, celestiales piernas...».

¿No iba así el verso del viejo Bukowski?, le sonrió al libro de medio lado, como si fuese el propio autor.

Se incorporó y su piel sudada reflejó las sombras de las curvas de una musculatura bien definida, sus ojos azu-

les se desviaron vanidosos al espejo que culminaba la impersonal mesa de la habitación de hotel y luego volvieron a enfocar el culo de la rubia. Ya lo habían hecho un par de veces; ellas habían querido irse, sólo el dinero las retuvo.

Poco importaba, no eran más que mujeres de moral flexible si se pretendía ser amable, y le apetecía montárselo otra vez. Las tetas de la morena eran de (plástico) escándalo. Se le ocurrió que esta vez sería mejor que la rubia se lo hiciese con la mano hasta correrse en aquellas grandiosas tetas de la morena, pero primero les daría por el culo a las dos. Probablemente tendría que pagarles más, eso no había entrado en el trato. Pero eran lo que eran, el dinero mandaba, siempre mandaba.

Sólo hacía falta echar otro trago.

Era una lástima que los de recepción supiesen que las dos señoritas de insinuantes vestidos demasiado cortos estaban en la habitación. La voluptuosidad ardiente de la morena se merecía un tratamiento más explícito, aquellos pezones de chocolate podían incluso formar parte de su colección.

Todavía le quedaba algo de bórax con el que curtir la piel...

La morena murmuró algo en sueños, disolviendo toda necesidad o pensamiento. Ahora iba a pasárselo bien escondiéndose entre lo sinuoso de aquellos dos cuidados traseros, sobrevalorados por costosos tratamientos anticelulíticos.

Las dejaría marchar y, si quedaba alguna otra necesidad por satisfacer, se encargaría de ella a la noche siguiente, porque siempre había algún mendigo durmiendo entre cartones por las calles en penumbra del avejentado San Telmo.

O esperaría al siguiente vuelo, en San José era aun más fácil que en Buenos Aires; quizá no tan romántico, no tan

cínicamente urbano, pero mucho más fácil. Bastaba con acercarse a la selva. De todos modos, Baires siempre resultaba especial; a fin de cuentas, todo había empezado en Buenos Aires.

En Buenos Aires, justamente un par de años antes, también en noviembre; lo recordaba con precisión y no por la importancia de los hechos, sino porque mientras en su casa, en la montaña, la nieve iba y venía según los días, en el hemisferio sur comenzaba la primavera.

En Buenos Aires, un par de años antes, Thomas Rye había descubierto el placer de matar.

La necesidad de quitar vidas.